



PRIMERA EDICION.

DOS REALES  
al recibir el número.

AÑO II.

DIRECTOR

ENRIQUE RODRIGUEZ-SOLÍS,

CON LA COLABORACION

DE LOS PUBLICISTAS MÁS DISTINGUIDOS DEL PARTIDO.

Administracion: Tabernillas, 8.—Madrid.

SEGUNDA EDICION.

UN REAL  
al recibir el número.

NÚM. 21.

### SUMARIO.

TEXTO.—Los fueros vascos, por E. Rodríguez-Solís.—El municipio, por P. Pinedo y Vega.—Al Témocles, por Emilia Serrano de Wilson.—Una institucion que muere, por Siro García Maso.—Cuentos populares, por Francisco Flores y García.—Las monarquías de derecho divino, por Remigio Vega Armentero.—El arte, por E. Juliá Carrera.—Filipinas, á ella, por E. Rodríguez-Solís.—Revista general, por E. Rodríguez-Solís.—París en América.

GRABADOS.—Filipinas: poblacion campestre en los alrededores de Manila.—Méjico: india de Tierra-caliente.—Galicia: patio de una escuela.

## LOS FUEROS VASCONGADOS.

TERCERO Y ÚLTIMO.

Los vasco-navarros no son carlistas.

I.

Grave y penosa es la tarea que nos hemos impuesto; pero hombres de corazon honrado, de ánimo recto y de intenciones puras, no podemos cejar un solo punto en el camino que hemos emprendido. ¿Sabéis por qué, vasco-navarros? Porque así creemos prestar el mayor de los servicios á vosotros, á vuestros fueros y á la patria, ahorrándola tristes días de luto y desolacion.

Os dijimos en nuestro artículo de ayer:

«¡Vasco-navarros! Vosotros no sois carlistas; vosotros

no defendéis ni amais la causa de D. Carlos. Seamos francos y leales; vosotros amais la pureza de vuestros FUEROS, y sabed que no la monarquía con su centralizacion absorbente y con sus leyes tiránicas puede conservároslos, no, sino la *República democrática federal*, conjunto de Estados libres y autónomos que, no solo os los GARANTIZA, sino que os los COMPLEMENTA.»

Esto os dijimos ayer; pero como en estos tiempos de franca discusion y libre examen no basta *decir*, sino que es preciso *probar*, nosotros nos imponemos hoy esta ruda pero importantísima tarea; esto es, la de probaros de una manera clara y evidente que vosotros, los vasco-navarros, NO SOIS CARLISTAS.

En primer lugar, es preciso que nos digais: ¿qué entendéis por CARLISTAS? Posible es que respondais lo que en varias ocasiones habeis repetido, que por *carlitas* *entendeis* ser partidarios de D. Carlos.

Mas tened presente que semejante explicacion es absurda: por *monárquico* se entiende al defensor de la monarquía, no del nombre, sino de los principios y leyes que esta proclama: por *republicano* tenemos al defensor, no de una palabra vana, sino de las libertades y derechos que el sistema republicano proclama y practica: más claro; en la pasada guerra civil, por *cristino* no se entendia al defensor de Cristina como mujer, sino al partidario del principio liberal que aquella mujer representaba.

## II.

Pues si esto es cierto, no tendreis más remedio que convenir en que vosotros no sois *carlistas*, esto es, defensores de la persona de D. Carlos, sino partidarios de su sistema tiránico y absoluto, ó lo que es lo mismo, *absolutistas*, tiranos é inquisidores, y en este caso preparaos á sufrir el odio de España toda, que ve en vosotros á los secuaces, á los esbirros del tirano, á los sostenedores de un despotismo que vosotros, guardados tras el FUERO, no habeis de sufrir, y que tan solo debe pesar sobre el resto de España; y como España es más que vosotros, no debeis extrañar que se una fuertemente para arrancaros esos privilegios irritantes y odiosos, esos FUEROS que á la libertad debeis, y á la sombra de los cuales quereis encender la guerra civil y sumirnos en el más espantoso caos y en la más horrible de las tiranías.

¿Quereis vosotros esto?

No, y mil veces no; no lo quereis, porque si lo quiérais y tuviérais el valor de declararlo francamente, España entera, al verse así atacada por vosotros, os reduciría á polvo y destruiría esa institución sagrada, á cuya sombra vivís felices, honrados y libres.

¿Qué se desprende de todo esto?

QUE LOS VASCO-NAVARROS NO SOIS CARLISTAS, sino FUERISTAS.

¿Nos equivocamos en nuestro juicio?

No lo creemos, no podemos creerlo; pero si así es, probadlo con vuestros hechos y no con vanas palabras.

El medio no puede ser más sencillo y más claro.

Gritad: *¡Viva D. Carlos! y ¡A bajo el fuero!*

Eligió entre el REY, que personifica siempre la tiranía y el despotismo, ó el FUERO, que representa vuestra honra, vuestra libertad y vuestra vida.

Probadnos que salís á los campos, no á reconquistar la pureza del fuero, sino á combatir por elevar al trono á un nuevo tirano; sed depositados en lugar de libres, criminales en lugar de honrados.

## III.

Vasco-navarros, oídme sin pasión, escuchadnos sin odio, atendednos serenos, y sobre todo, atended á la *historia*, porque la historia es un monumento vivo de ejemplo y enseñanza, que todo pueblo debe recordar para ejemplo y gloria de anteriores épocas y espejo y enseñanza de tiempos venideros.

Muerto Fernando VII comenzó la lucha, estalló la insurrección y empeñóse la sangrienta *guerra civil* de los SIETE AÑOS, de funesta recordación para la patria, y los vasco-navarros, ciegos ante el estado del país y sordos ante el grito de libertad que en todas partes resonaba, os afiliasteis á la causa de D. Carlos; este fué vuestro primero y más terrible paso, y sabido es que una vez puesto el pie sobre el primer escalón, hay que bajarlo hasta el fin: ¡desgraciados! al defender la causa carlista os jugasteis los fueros, que si no habeis perdido completamente, tales CONTRAFUEROS habeis sufrido, que hoy vuestras leyes no son ni sombra de lo que fueron.

Jugasteis un albur, terriblemente expuesto; no podíais triunfar porque érais los menos; y, sabedlo de hoy

para siempre: jamás el despotismo triunfará de la libertad, porque la libertad es como el ave fénix, que vuelve á renacer de sus propias cenizas.

## IV.

El día 31 de Agosto de 1839 se firmó el *Convenio de Vergara, prometiendo el gobierno conservar los fueros tal cual existían*.

¿Era esto posible? No, y mil veces no.

Vosotros habíais encendido la guerra civil; á la sombra del pendón carlista habíais convertido los fértiles campos de la patria en un montón de escombros y de ruinas; la sangre había corrido en abundancia, tomando la fratricida lucha un carácter tal que *ni aun cuarte!* se daban los combatientes, cuando eran padres, hermanos é hijos. España entera, que había sufrido las tristes y dolorosas consecuencias de la sangrienta *lucha civil*, reconcentró en su pecho un odio terrible contra vosotros, que á la sombra de vuestros fueros queríais anegarla en un lago de sangre, cuando no sujetarla al potro inquisitorial, ó cuando menos á la despótica voluntad de vuestro soñado Carlos.

## V.

Os dijimos en nuestro primer artículo que la *historia es justa y se cumple siempre*, y tan cierto es, que apenas transcurridos dos meses, el 29 de Octubre de 1839 se promulgó una ley confirmando vuestros fueros, si, pero con la adición de *Salvo la unidad constitucional*; este fué el primero y más terrible golpe que recibieron los fueros, y cuenta que esta ley no fué sino una máquina *expiadora* que salió á reconocer el terreno.

Vasco-navarros, la causa del carlismo á que os habeis afiliado, mejor dicho, á la que os afiliaron un puñado de miserables ambiciosos, comenzaba á dar sus frutos, bien amargos por cierto, para el pueblo euskaro.

Esto era poco y no tardó en establecerse la *reforma de los fueros, según lo reclame el interés de las provincias y de la nación*.

A partir desde este momento los fueros han estado, están hoy y estarán mañana en peligro de muerte, mientras los *liberales-monárquicos* manden, estribando su única salvación en el planteamiento de la *República democrática federal*, conjunto de *Estados libres y autónomos*, que no solo os los garantiza, sino que os los complementa.

## VI.

## Fueros y contrafueros.

Vasco-navarros, escuchad y vereis que, así como Carlos I arrancó sus fueros á Castilla, Felipe II á Aragón, y Felipe V de Borbon, antecesor de vuestro D. Carlos, á Cataluña, doña Isabel de Borbon llevó á cabo tales CONTRAFUEROS con los de Vizcaya, que no son, no, más que una sombra vana, casi invisible, de lo que ayer fueron; y esto ha sucedido y sucederá siempre con las monarquías, porque las monarquías son, aun sin quererlo, tiránicas, absorbentes y centralizadoras.

Pasemos ahora á reseñar, para que no nos creáis bajo nuestra palabra, los muchos y graves CONTRAFUEROS que habeis sufrido.

En primer lugar perdisteis el PASE FORAL ó el RE CURSO DE INHIBICION, segun el cual toda ley que *directa ó indirectamente* atentase á las leyes ó fueros de Vizcaya debía ser *obedecida y NO CUMPLIDA*.

Luego perdisteis los TRIBUNALES FORALES y LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA, con la cual no necesitábais salir de vuestras casas para seguir *tres instancias*, y además de ser juzgados por autoridades EXCLUSIVAMENTE VUESTRAS, los dispendios eran casi nulos.

Perdisteis despues la ADMINISTRACION MUNICIPAL, en que congregados los vecinos de cada pueblo al son de campana tañida y en cruz parada, elegiais con *absoluta igualdad* los FIELES REJIDORES. ¿Y sabeis por qué? Porque los Municipios vizcaínos, como ha dicho un célebre escritor, eran unas verdaderas REPUBLICAS, y no convenia á la monarquía que fueran conocidas sus ventajas, y que España toda quisiera volver á sus antiguos Municipios ó imitar á los republicanos de Vizcaya.

No tardásteis en ver desaparecer la ADMINISTRACION PROVINCIAL, en la que, segun *uso, fuero y costumbre*, las DIPUTACIONES ó JUNTAS atendian á todos los ramos de la administracion.

La monarquía os suprimió la LIBERTAD COMERCIAL, cuando segun el fuero no se podia recargar *impuesto alguno* á las mercancías para el consumo de los vascos, por ser *libres para vender y comprar sin entorpecimiento alguno*.

La monarquía os ha quitado el LIBRE USO DE ARMAS; os ha impuesto la LEY DE MINAS, y os ha sujetao á autoridades extrañas, tales como el *juez, el capitán general y el gobernador civil*.

¿Qué os queda, pues, de vuestros antiguos fueros? Sombra, ilusion, humo vano, que llegará á disipar el menor soplo de viento.

## VII.

Ahora bien, vasco-navarros, ¿creéis vosotros que han sido los *liberales* los que han hecho todo esto en vuestra contra?

No. En primer lugar lo habeis hecho vosotros afiliándoos al partido carlista, que entrañaba el despotismo y la tiranía, tiranía y despotismo que vosotros no habiais de sufrir, puesto que os resguardais detrás del fuero; culpado por tanto á vuestro *egoismo* primero y á la *monarquía* despues.

Ahora nos resta preguntaros: ¿qué ha hecho España toda cuando ha visto mermar vuestros fueros? Cruzarse de brazos, lo propio que los vascos hicisteis con los navarros cuando á estos les arrebataron los suyos; os dijimos ayer, y os repetimos hoy, que *toda aquel que no acude en auxilio de su hermano cuando su casa está ardiendo, no debe esperar auxilio alguno cuando la suya se vea presa de las llamas*.

Y no solamente España entera ha visto con gozo que os *recortaban* el fuero, sino que, cuando en el año 64 el Sr. Sanchez Silva inició en el Senado la cuestion de

suprimirlos por completo, una sonrisa de triunfo apareció en los lábios de todos los hijos de las demás provincias, y es que vosotros solo habeis tratado de vivir á la sombra de vuestros fueros sin cuidaros de vuestros hermanos, y vuestros hermanos, mientras sigais ese camino de *egoismo* (que yo os garantizo que ha de ser el de vuestra perdicion), os mirarán con odio y harán cuanto esté en su mano para igualarlos á ellos.

Vasco-navarros, pensad que aunque D. Carlos, lo cual es casi imposible, llegara á reinar, haria con vosotros lo que ha hecho la monarquía de doña Isabel, esto es, suprimiros los fueros para igualarlos á las demás provincias, porque D. Carlos no podria venir á ser rey de los vascos, sino de España toda, y España toda exigiría la desaparicion de vuestros irritantes y odiosos privilegios.

Hoy España carece de *fueros*, y hé aquí por qué la inmensa mayoría del país, aun los que jamás pensaron en política, se han afiliado resueltamente á la bandera *republicana federal*, que apoyada en la *igualdad, la libertad y la fraternidad*, lleva por lema el *derecho y por norma la descentralizacion de las provincias*, haciendo de cada una un *Canton federal*, perfectamente *libre y completamente autónomo*.

Vasco-navarros, os lo dijimos ayer y os lo repetimos hoy: *sois ciegos, y no veis; sois ciegos que vais conducidos por otro ciego, Carlos VII, y el y vosotros os hundiréis en el abismo, empujados por la mano de hierro de toda España*.

Vasco-navarros, vosotros no sois *carlistas*, sino *FUELISTAS*.

Vasco-navarros, pensad que la República democrática-federal es hoy el ideal de las naciones, la última palabra de la ciencia política; pensad, en fin, que solo la República democrática-federal puede devolveros el PASE FORAL, los TRIBUNALES FORALES y la ADMINISTRACION DE JUSTICIA; los FIELES REJIDORES, la ADMINISTRACION MUNICIPAL, las DIPUTACIONES y JUNTAS, la LIBERTAD COMERCIAL, el LIBRE USO DE ARMAS, y suprimiros esos generales, gobernadores y jueces, anulando los inicuos CONTRAFUEROS que los monárquicos han llevado á cabo en contra de vuestras libertades y derechos.

Vasco-navarros, vosotros no sois *carlistas*, sino *fue-ristas*; porque el *carlismo* es la tiranía y el *fuero* la libertad.

Vasco-navarros, vosotros no podeis ser *monárquicos*, sino *federales*, porque las monarquías son absorbentes, tiránicas y centralizadoras, y la República-federal es la ampliacion y el *complemento* de vuestros fueros.

Vasco-navarros, oid los leales consejos de la prudencia y del cariño; abandonad el carlismo que os empuja, la monarquía que os deshonra, y el fanatismo que os embrutece, y firmes en la defensa de vuestros venerandos *fueros*, fijos en ellos el corazon y la mente, lanzad al viento con toda la energía de que sois capaces vuestro grito de guerra:

*Jaungoicoa eta Foruac.*

*Viva la República democrática federal.*

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

## EL MUNICIPIO.

(Continuacion.)

Se objetará que el fuero era un privilegio y que abogando nosotros por la abolición de toda prerrogativa que ataque la igualdad de derecho, no podemos, sin contradecirnos, ser partidarios del sistema que venimos examinando. Indudablemente el fuero era un privilegio en aquel tiempo limitado á determinadas poblaciones, que por circunstancias extraordinarias ó por el favor de los monarcas le disfrutaban; pero nosotros al preconizar el régimen que tanto poder y riquezas otorgó á las localidades privilegiadas, aspiramos á la generalización. Deseamos que cada Municipio, constituido bajo un principio general común á que habrían de subordinarse las decisiones y resoluciones libres adoptadas, sea de su localidad el legislador y administrador de los intereses enclavado en el radio de su circunscripción, y pretendemos la introducción de esta reforma porque nadie más conocedor de las mejoras y ventajas que reportaría una disposición que el que estudia las circunstancias y condiciones en que va á operar. Un poder central, por cuidadoso que sea de los intereses de los pueblos, carece de los conocimientos que proporciona el indispensable contacto con las necesidades locales, ignora el secreto de los medios á que es preciso acudir en momentos dados, y la adopción de una medida juzgada en general, útil y provechosa, puede conducir á perturbadores desastres y perjuicios incalculables á poblaciones determinadas.

Innumerables ejemplos de esta verdad pudiéramos alegar, pero nos bastará exponer lo que sucede en nuestros días. Desde que existe régimen constitucional y un Parlamento encargado de votar los impuestos, no se ha dado el caso de negar recursos ordinarios y extraordinarios al poder central, siquiera hayan sido onerosísimos á los pueblos, al contrario de lo que sucedía cuando las localidades enviaban sus procuradores á las Cortes, que, desafiando las iras del rey, se opusieron á facilitar recursos estimados innecesarios y ruinosos, y esto consistía en que los pueblos otorgaban instrucciones concretas y definidas á sus delegados que debían cumplir si no querían exponerse á la animadversión y muchas veces á castigos capitales que los mandantes imponían á la falta de lealtad.

Y no es que aceptemos por completo el sistema que regía en las Cortes antiguas, donde la vida política, como todas las manifestaciones de la actividad, se libraban á la sombra del privilegio. Así es que solo determinadas localidades tenían el derecho de enviar sus procuradores al Parlamento, como si las demás no necesitaran participar y prestar su cooperación en un régimen que se les imponía.

Al siglo xii se remonta la participación en las Cortes de las municipalidades en los diversos reinos que dividían el territorio español, desde cuya fecha los reyes, por interés propio al principio, y por costumbre después, tuvieron que oír las quejas justificadas de los pueblos y las negativas con que respondían á sus exigencias. La maldad, ó lo que llamaríamos hoy el maqui-

velismo, introducido por los reyes en la esencia de este régimen, ocasionó la novedad de que algunos procuradores, más atentos á su ambición que al interés y utilidad de los pueblos, vendieran la fe y lealtad de sus compromisos libremente adquiridos á un puñado de oro que los tiranos toman de la nación para ofrecer á los seres venales. Esto, que ocurre en nuestros días sin llamar apenas nuestra atención, y muchas veces sirviendo de mérito para obtener nuevos y más numerosos sufragios, representábase á los pueblos como la degradación vil y asquerosa del que ningún título puede exponer á la conmiseración de la honradez, y Procuradores hubo que, como contestación al relato del desempeño del cargo, fueron juzgados severamente y condenados á expiar su traición en la horca.

Este cuerpo deliberante, que se reunía convocado por el rey ó á instancia de la comisión que en los intervalos velaba el cumplimiento de las leyes con más eficacia que la encargada de idéntica función en nuestra época, adolecía de vicios que la experiencia ha hecho desaparecer; pero entre estos se nota el germen de ideas que, bien formuladas, pudieran haber introducido una mejora de que carece el parlamentarismo actual. Además de existir el *mandato imperativo*, en el cual los pueblos daban instrucciones determinadas á los diputados, fuera de las que no les era lícito tratar asunto alguno, había en las Cortes de Aragón el principio de que eran nulos los acuerdos que no fueran tomados por unanimidad, doctrina que parece expresar el deseo de dar representación á las minorías, que, en estos tiempos, llega á perderse en la voluntad de las mayorías. Se reconocía además mejor división de poderes, puesto que el rey juraba obedecer y cumplir las resoluciones de las Cortes, como estimando mayor superioridad en la representación de los Estamentos que en su autoridad, reconocimiento que, lejos de ofrecerle el régimen actual, nos presenta el falso principio de que el poder ejecutivo con la prerrogativa del veto puede anular las decisiones del pueblo, que, en este caso, pierde la soberanía delegada en sus diputados para supeditarse á los pies del trono.

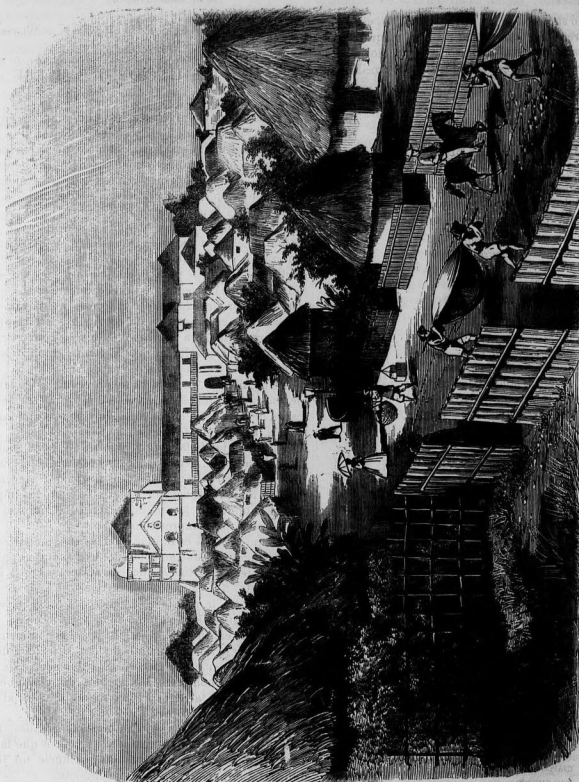
Si las Cortes, cuando los reyes no necesitaron apoyarse en el poderío de las municipalidades para contrarrestar las demasías de la nobleza, dejan mucho que desear y nos demuestran la ineficacia del régimen entregado á la corrupción del poder ejecutivo, se nos alecciona hoy que el ministro de la Gobernación llena la Cámara de diputados elegidos en su gabinete, para contrarrestar los términos de la delegación que se confía á un representante en las Cortes, exigiéndole la responsabilidad civil y criminal en que incurra, y no se daría el caso de que, defraudando las esperanzas de los pueblos y, en contrario, á compromisos solemnes contraídos, apoyen al ministerio los que prometieron reclamar estrecha cuenta de sus actos.

Cierto es que entonces las municipalidades, excusándose de satisfacer los gastos de representación, dieron ocasión á los reyes para poner á su devoción los que pagaban, y este abandono, que los pueblos lloraron más tarde, cuando exorbitantes impuestos señalaron las consecuencias, es un fundamento que debemos recordar de la venalidad que hoy lamentamos, creyendo que así como entonces terminaron estas Asambleas que tan



grandes servicios prestaron á la nacion en sus buenos tiempos, *por ser un lujo inútil é innecesario*, segun declaró Felipe V al suprimirlas, nos encontramos próximos á la desaparicion del parlamentarismo de nuestros

días, no ya por inútil, sino por inmoral, perturbador y profundamente ocasionado á la injusticia y malas pasiones que se ponen en juego para merecer los favores del ministro.



FLIPINAS.—POBLACION CAMPESTRE EN LOS ALREDEDORES DE MANILA.

Los pueblos, que en estos últimos años han podido apreciar el valor de las elecciones, y que con alguna observacion conseguirán penetrarse de los males que reporta el pugilato, para cuyo triunfo no se escasean los

medios por reprobados y criminales que sean, advertirán también que, atentos al beneficio particular, traducidos en unos por frívola vanidad y en otros por la satisfacción ambiciosa de destinos y empresas provecho-

sas, siguen pagando mayores tributos y son víctimas de unas cuantiosas exacciones, de que no podrán redimirse mientras no se plantee un buen régimen municipal y como consecuencia una representación verdadera en las Córtes, encargadas estas únicamente de los negocios generales que no afecten á la vida interior de los pueblos.

Girar como satélites de un poder central, es vivir una existencia prestada como ruedas de una máquina que se mueve cuando place al impulsor de un motor, que al girar les hace perder la fuerza y destruye los medios de engendrar otra más fuerte y poderosa.

P. PINEDO Y VEGA.

## AL TÁMESIS.

*Et voir ta blanche ecume, en brochant les contours  
monter, briller et fondre ainsi que font mes jours.*

LAMARTINE.

Pasa caudaloso río,  
hacia la mar murmurando  
los misteriosos secretos  
que sorprendes á tu paso:  
turbias ostentas tus ondas,  
en su color reflejando  
el lodo moral que encierran  
los corazones avaros,  
de esos séros que en tu marcha,  
ves por do quier reflejados.

Turbios brindas tus raudales  
y más que turbios amargos,  
como el sabor que nos dejan  
los ilícitos bocados.

Ronco suena tu murmullo  
los pregones remedando,  
de los que venden su honra  
en el impuro mercado:  
tristes tus ecos escucho  
como los ayes lanzados,  
en la britana ciudad  
por las víctimas que aceso  
perecen sin pan, ni abrigo,  
escuchando leves cantos  
de unos verdugos que viven  
en la molición y el fausto,  
sobre la alfombra que cubre  
sus régios salones áureos.

Pasa caudaloso río,  
corre al mar precipitado  
y oculta en su vasto seno  
tanta miseria y engaño,  
tanto dolo, tanto crimen,  
tanto pesar ignorado,  
cual te ofrece el hombre impío  
de tus raudales en cambio.

Corre Támesis hundoso,  
marcha fiel depositario,  
que guardas como la tumba  
los secretos más extraños.  
Llega al Océano, esconde  
el crimen que confiado,  
fué á tu sepulchral silencio  
por la fementida mano.

Marcha y en su seno oculta

estos doleznables cuadros,  
que á la humanidad deshonran  
con sus infernales rasgos:  
corre, sí, corre y apaga  
en sus insondables antros  
de los melancólicos ecos  
de mi corazón llagado.

Londres 1867.

EMILIA SERRANO DE WILSON.

## UNA INSTITUCION QUE MUERE.

No hace todavía muchos meses que, reunidos en Concilio los sucesores de los apóstoles, elevaron á la categoría de dogma lo que hasta entonces no habia pasado de ser una creencia más ó menos generalizada entre los católicos, una opinion de algunos teólogos y canonistas, una pretension de los Pontífices; nos referimos á la *infalibilidad* del Papa.

Parecía que ese nuevo atributo que el Concilio reconocía en el Papa habia de robustecer su quebrantada autoridad; parecía que iba á abrirse una nueva era de poderío y prestigio para Roma; no era fácil presumir que lo que en concepto de muchos alcanzaria á poner paz en el conturbado seno de la Iglesia y á derramar un bálsamo de esperanza y de consuelo sobre las llagas que corroen nuestra sociedad, habia de convertirse en manzana de discordia lanzada al campo católico por los admiradores y entusiastas del papado.

Y sin embargo, como algunos preveían, la declaración de la *infalibilidad* del Papa ha sido funesta para la causa de la Iglesia, cuyos hijos, hoy más divididos que nunca, agotan sus fuerzas en luchas intestinas.

Y trascendiendo las consecuencias de estas luchas á la sociedad civil, vemos cómo en Alemania el Estado interviniendo en la contienda y favoreciendo las tendencias de los que rechazan el nuevo dogma, les impulsa por el camino de la emancipación, que, en mal hora para Roma, han emprendido.

Pero no vamos á examinar aquí las consecuencias que ha producido la proclamación del nuevo dogma, ni vamos á exponer los males que esta atraerá sobre la Iglesia: nuestro fin en el presente artículo es el de mostrar la decadencia, la visible decadencia del poder papal; es mostrar como este ha entrado en el período de su agonia, porque en nuestra época, ilustrada por la ciencia y dirigida por la razón, sucumben todos los poderes despóticos, ora extiendan su imperio sobre los actos y la vida exterior de los hombres y los pueblos, ora gobiernen las conciencias con arreglo á una moral anti-social y á dogmas absurdos.

La institución del papado ha prestado grandes, inolvidables servicios á la humanidad, servicios que la historia le tomará en cuenta cuando pronuncie un juicio imparcial é inapelable sobre su conducta.

Deshecho el antiguo imperio romano, las hordas bárbaras corrieron en confuso tropel á repartirse y apropiarse la herencia del coloso, de tal suerte que al desmembramiento de este se siguió un período tal de confusión y trastorno que se temió no fuera posible consolidar las nuevas sociedades presas de la ignorancia, la

violencia y la anarquía; creyóse por un momento que estas sociedades, víctimas a su vez de otras invasiones, concluirían por desaparecer como desaparecieron Herculano y Pompeya bajo las capas de ceniza y lava que sobre ellas arrojó el Vesubio ó como desaparecería la tierra bajo las olas del mar desencadenado.

Las irrupciones, en efecto, no tenían término, y por otra parte los vencedores de los romanos, divididos entre sí, entregándose, doquiera fijaban su planta, á la violencia y á la destrucción, costumbres bárbaras, sin leyes ni otra cosa que una intuición más ó menos clara de la justicia y el derecho, necesitaban de un auxiliar fuerte, de un poder moralizador, de una constitución que los dirigiera y que diera unidad á sus esfuerzos y sirviera de lazo de unión entre los mil poderes que sentaban sus reales sobre los escombros del antiguo imperio.

Tal fué la misión del papado durante la Edad media; por eso Gregorio VII, la gran figura de esa Edad, comprendiendo que todo poder para serlo necesita ser independiente, sostuvo una lucha titánica con el imperio para reivindicar la independencia de la Iglesia, y aun su supremacía sobre el poder civil: por eso el mismo Gregorio VII queriendo obrar sobre la sociedad bárbara de su tiempo por la predicación y por el ejemplo, por la doctrina y por la virtud, sostuvo otra lucha también gigantesca, también formidable para obligar al clero á que aceptase el celibato, porque aquel gran Papa quiso que el clero formara un mundo, una sociedad aparte y para aislarle por completo del siglo é impedir que se contaminara con los vicios de este, al que debía moralizar, no encontró medio más á propósito que el celibato.

El papado representaba en aquella época la civilización, único poder moralizador en una sociedad bárbara, poder fuerte, vigoroso, robustecido por Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III; sin él no se habrían desenvuelto los gérmenes de progreso que encerraban aquellos siglos, en cuyas entrañas se forjaban las nuevas nacionalidades.

Cierto es que el papado llegó á ensoberbecerse y tuvo la pretensión de mantener al Estado en perpétua tutela; cierto es que no todos los pontífices obraban guiados por móviles tan puros, tan generosos, tan levantados como Ildebrando; cierto es que este mismo desconoció los legítimos derechos de la sociedad civil y predicó la sumisión, la absoluta sumisión de los poderes temporales al espiritual, del cetro á la tiara, comparando á los primeros con la luna y al segundo con el sol, de quien aquella recibe y refleja la luz: todo esto es cierto, más sin embargo, no hemos de negar que el papado aun que á veces se escediera é hiciera mal uso de su legítima influencia cumplió con su misión en la Edad-media.

Corrieron los años, é interin el papado y el imperio se habían destruido en una guerra colosal, se habían ido constituyendo las nuevas nacionalidades y fortaleciéndose los nuevos tronos, valladar opuesto á las exhorbitantes pretensiones de los Papas por un lado, y por otro á las no menos exhorbitantes pretensiones de los emperadores, que diciéndose sucesores de los Césares, creían haber heredado de estos la dirección del mundo. Y entonces el poder de los Papas comenzó á decaer, y no hubo rey, ni príncipe, ni señor que no tuviera, á mé-

nos vivir, respecto de Roma, en la sumisión que sus antecesores habían estado, y por do quiera al mismo tiempo que se formulaban leyes claras y precisas, al mismo tiempo que renacía el arte y se cultivaba la ciencia, la sociedad civil se reconstituía fuerte y vigorosa, emancipándose de la tutela de la Iglesia, reclamando de esta el reconocimiento de su soberanía, separando lo espiritual de lo temporal; en una palabra, aspirando á echar los cimientos del porvenir sobre la base sólida é inquebrantable de la independencia del Estado.

Pero si toda institución ha tenido su tiempo, si todo poder ha sido legítimo en su época, después que esta ha pasado aquel nunca se ha prestado á abdicar de su soberanía en aras de los nuevos principios, y por esta razón el progreso no se cumple en la sociedad si no mediante una lucha encarnizada, continua, á muerte, del presente con el pasado; y el papado, que tal predominio adquiriera en la Edad-media, que había educado una sociedad que recordaba con orgullo la época en que era universalmente reconocida su supremacía sobre todos los demás poderes, no quiso desprenderse del protectorado que antes ejerciera sobre el Estado, y de las contra puestas aspiraciones de estas dos instituciones surgieron conflictos sin cuento, que aun se perpetuaron, aunque en menor escala que antes; celoso el Estado de sus prerogativas, deseoso el papado de recuperar la influencia perdida.

En esta lucha perecerá el papado; su poder se debilita, de día en día disminuye su prestigio, mas no hay que forjarse ilusiones; interin no sucumba uno de los dos rivales la lucha no cesará; en pleno siglo XIX hemos visto á los Papas condenar todos los progresos de la civilización, les hemos visto trazar á las sociedades la órbita estrecha en que debían moverse, los hemos visto oponer su veto absoluto á todas las conquistas de los modernos tiempos; el papado es una institución petrificada, cristalizada, inmóvil y no ha visto que en torno suyo se han ido operando una serie de revoluciones que han abierto entre él y nosotros el insondable abismo de una edad entera.

Hoy el cetro de la humanidad no está en Roma, sino en la razón; y la *infalibilidad* con que se ha querido robustecer la débil y mermada autoridad del sucesor de San Pedro es un vano título con que se ha honrado á un moribundo.

SIRIO GARCÍA MAZO.

## CUENTOS POPULARES.

### Los obreros.

En la populosa capital del Principado, y en una vieja y casi derruida casa de uno de sus barrios extremos, habitaba allí por el año 53 una tan pobre como virtuosa familia. El jefe de ella era un hombre que aparentaba tener sobre cincuenta años, cuando apenas contaría treinta y seis. (Tales habían sido sus padecimientos físicos y morales; tan penosos, tan rudos trabajos, como decimos los pobres, había pasado!) Su esposa, mujer de unos treinta y cuatro años, también aparentaba mucha más edad de la que tenía; en sus demacradas fac-

ciones se notaban aun los restos de una belleza superior: aquella mujer habria sido muy hermosa; pero los desheredados de la fortuna no tienen derecho en esta sociedad ni aun á los dones que la naturaleza les concede, por no tener *medios* para conservarlos.

Formaba el encanto de aquel matrimonio, que, vi- viendo en la estrechez se resignaba con su suerte esperando mejores dias, una niña hermosísima, que apenas llegaría á contar quince primavera.

Juana, que este era el nombre de la hija de Anselmo, no conocía del mundo más que el interior de su casa y el pedazo de campo y de cielo que á su vista se ofrecían al través de los hierros de las ventanas de su habitación.

Como el jornal de Anselmo, que era fegonista de una caldera de vapor en una de las muchas fábricas de tejidos que hay en Barcelona, fuese reducidísimo y apenas le bastara para cubrir medianamente sus primeras necesidades, Juana, como supondrá el lector, no habia recibido más educación que la del hogar, mejor dicho, no habia recibido educación alguna, porque su madre, que probablemente nacería en las mismas condiciones que ella, no tenia más instrucción que la que se adquiere naturalmente con el trato social en la esfera en que viven los proletarios.

Juana, sin embargo, tenía cierta intuición, cierta sencillez y cierta discreción natural que desmentían su origen y su condición, haciéndola aparecer como una excepción en su clase.

En el momento en que comienza nuestro relato eran las diez de la mañana de un templado día del mes de Octubre.

Las dos mujeres estaban solas en la casa.

Maria, la madre de Juana, se ocupaba en peinar á ésta.

Ambas guardaban el silencio más profundo.

Al cabo de un cuarto de hora dijo Maria atando la última trenza del cabello de Juana:

—Ya he concluido; ahora, hija mia, mírate al espejo y dime si ha salido el peinado á tu gusto.

—De sobra sé que estaré bien peinada, repuso la jóven. ¿No es verdad que soy hermosa? añadió sonriendo y mirando fijamente á su madre, mientras sus mejillas se teñían de un vivo carmin.

—La principal hermosura, contestó Maria con acento solemne, la ha puesto Dios, más que en las formas exteriores de la criatura, en el alma de esta. Si el corazón de la mujer no late á impulsos de la virtud, ¿qué mérito

tendrá en ella una belleza que nada vale ni significa y que en ocasiones arrastra á la mujer á un abismo sin fondo?

—No comprendo tus palabras, madre mia, ni sé qué te induce á hablarme de ese modo. Yo...

—Ya sé que eres buena: mas no por eso he de dejar de advertirte... El mundo está cercado de peligros para la mujer, y toda precaución es poca. El pensamiento es nuestro mayor enemigo; la seducción se presenta siempre bajo formas halagadoras, y la situación de la criatura influye muchas veces...

—Yo solo pienso en tí, en mi padre y en Enrique; fuera de estas afecciones...

—¡Enrique! Este hombre, sin saber por qué, me inspira serios temores.

—Aprensiones tuyas.

—Son algo más que aprensiones, hija mia. ¿Quién conoce aquí á ese hombre? Nadie; su vida es un misterio para todo el mundo.

—¿Y cómo han de conocerle si es forastero?

—Segun su dicho, para nosotros es forastero todo el que no conocemos, y como nuestro círculo es tan reducido... ¿Por qué no amas á Ricardo? ¡Es tan bueno...!

—Dejemos esta conversacion, madre mia; no amo á Ricardo porque no puedo amarle, y como al corazón no se manda...

Aquí llegaba la conversacion de las dos mujeres, cuando de repente se oyó en la calle un ruido extraño, percibiéndose entre el rumor y las pisadas de gente que se acercaba el quejido de un hombre.

Madre é hija lanzaron un grito, dirigiéndose á la puerta. En aquel momento penetraban por ella, seguidos de muchos curiosos, cuatro hombres, que condu-



MÉJICO: INDIA DE TIERRA-CALIENTE.

cian á otro, mortalmente herido, sobre unas escaleras.

El herido era Anselmo, el padre de Juana.

Entre los dolorosos gritos de las dos mujeres, la terrible procesion penetró en la casa, y Anselmo fué cuidadosamente depositado en su lecho. Tenia varias heridas en la cabeza, en el pecho, en los brazos y aun en las piernas. De todas estas heridas manaba sangre en abundancia.

Uno de aquellos caritativos conductores salió inmediatamente á buscar un médico. Los otros tres quedaron consolando á la atribulada esposa y afligida hija, las que, llorando amargamente, permanecían de pié junto á la cama del herido. Este había perdido el conocimiento.

—¿Quién ha herido á mi esposo? preguntaba María sin cesar y á gritos, encarándose con las personas que tenia delante.

—Señora, contestó uno de los que habían conducido á Anselmo y que era su compañero de trabajo; á su esposo le ha herido, y no á él solo, una caldera que ha reventado en la fábrica de D. N., donde trabajamos todos.

—Y por cierto, repuso otro, que si hubiera justicia en el mundo, el tal D. N., después de abonar (1) daños y perjuicios á los heridos, debía ir á presidio á pagar sus crímenes.

—¿Y qué culpa tiene ese señor, interrogó María, de que haya reventado una caldera de su fábrica?

—De él es toda la culpa, señora. Figúrese Vd. que Anselmo hace más de ocho días venia anunciando al amo que la chapa de la caldera estaba gastada, que el mejor día nos iba á dar un susto, y el amo siempre contestaba que esas eran *aprensiones* suyas, que la caldera estaba buena, y que no le gustara gastarse algunos miles de duros en comprar otra, solo por satisfacer caprichos y acallar temores infundados.

—¡Qué mal hombre!

—¡Qué explotador!

—¡Qué tunante!

—¡Debían arrastrarlo!

—¡No pagaba ni con quemado!

Esta y otras exclamaciones de indignacion brotaron espontáneamente de los labios de todas las personas allí reunidas, excepcion hecha de María y Juana, que rompieron nuevamente á llorar.

El médico entró en esto, y después de examinar rápidamente al enfermo, declaró que este no corría peligro de muerte.

Los cuatro conductores de Anselmo, así como los curiosos que habían invadido la casa, la desalojaron á una ligera insinuacion del médico, quedando solos este, el herido y las dos mujeres.

Anselmo volvió en sí y con un valor increíble resistió la primera cura.

Y como el médico después de concluir permaneciera imperturbable sin abandonar la casa, y María comprendiera que aquella detencion solo obedecía á un móvil, le preguntó llevándose la mano al bolsillo:

—¿Cuánto debo á Vd.?

—Señora... haciéndome cargo de la situacion de us-

tedes, la cobraré lo ménos posible. Todos somos pobres, vivimos de nuestro trabajo y...

—¿Cuánto...?

—Una peseta cada cura; vendré dos veces al día...

María calló y puso dos pesetas, único dinero que poseía, en la mano del médico.

—¡Que no deje Vd. de venir á la noche! añadió.

El médico se despidió cortésmente y abandonó la casa.

Erán las nueve de la noche del mismo día, y ya el médico había hecho al paciente la segunda cura.

La hinchazon había cedido algun tanto, habían desaparecido los síntomas más alarmantes, y la curacion completa de Anselmo, segun declaracion del facultativo, se verificaría en un mes.

Anselmo se había sentado sobre la cama, y conversaba con su esposa é hija, que se hallaban sentadas muy cerca de él.

—¡Triste es nuestra situacion! decia Anselmo con acento melancólico mirando á su esposa. ¿Qué va á ser de nosotros durante este mes, que segun el médico he de tardar en ponerme bueno? ¿Cómo vamos á sufragar los gastos que mi estado reclama? ¡imposible! Es menester tomar una resolucion; yo debo trasladarme al hospital; es la única manera...

—¡Nunca! repitieron á un tiempo María y Juana con los ojos arrasados de lágrimas. Venderemos hasta los clavos, añadió la primera, para sacarte adelante. Dios nos protegerá.

Anselmo sonrió con amargura, y

—¿Qué vamos á vender? dijo paseando una mirada en torno de la habitacion; si todos nuestros muebles no valen cuatro cuartos.

Con efecto, el menaje de la casa, antiguo, reducidísimo y viejo, valia bien poca cosa.

—Algo hemos de intentar.

—Dios no abandona á sus hijos.

—La Providencia es muy grande.

—Confíemos en Dios.

Un silbido particular, agudo y penetrante que sonó en la calle vino á poner término á aquella conversacion, y Juana, como movida por un resorte, púsose de pié y se dirigió hacia una ventana dereja que había en la pieza inmediata á la alcoba donde ha tenido lugar la anterior escena.

Al pié de esta reja había un hombre como de veinticinco años.

La claridad de la luna permitia distinguir bastante bien las facciones de este hombre, y su traje, que por cierto contrastaba en gran manera, pues la humildad de su burda chaqueta, de su gorra francesa y de sus pantalones de vieja y lustrosa pana no podia avenirse con sus maneras elegantes, su bien cuidado y sedoso bigote y su mirada altanera en alto grado.

Si Juana hubiese conocido algo más el mundo, habría conocido á primera vista que su amante no era lo que aparentaba.

En el portal de la casa de enfrente habíase escondido un hombre, cuyas facciones era imposible distinguir á causa de la oscuridad en que estaba envuelto, pues ha-

(1) ¡Como si la sangre pudiera abonarse!

bía casi cerrado las puertas, sin duda para sustraerse á las miradas de los curiosos.

Los ojos de aquel hombre brillaron siniestramente al aparecer Juana en la reja.

—Tú has llorado, dijo el llamado Enrique, pues él era, al ver á Juana.

—Sí, efectivamente, repuso la candorosa niña, he llorado y tengo que llorar mucho todavía, pues me ocurre una gran desgracia.

Y aquí refirió Juana á su amante lo que ya saben nuestros lectores.

En las pupilas de Enrique brilló un rayo de alegría, que tuvo buen cuidado de disimular, aparentando inmediatamente que aquella desgracia le producía un gran dolor.

Y como Juana llevase su candidez hasta el extremo de referir á su amante el apuro en que su familia se encontraba no poseyendo recursos para curar al herido, Enrique, fingiendo hacer un gran sacrificio, puso dos monedas de cinco duros en la mano de Juana, exclamando:

—Toma; yo he cobrado hoy mi mensualidad, y reduciéndome un poco puedo vivir con lo que me resta.

Juana se puso vivamente encendida, balbuceó algunas palabras ininteligibles, quiso devolver aquel dinero, pero al fin lo guardó, cediendo á las instancias de su amante, y sobre todo pensando en la triste situación de su familia.

Enrique, conociendo la importancia del paso que acababa de dar, se retiró á los pocos momentos.

El hombre del portal le siguió y ambos se perdieron en un laberinto de callejuelas.

Anselmo y María recibieron en los primeros instantes con cierta prevención el dinero de Enrique. Juana justificó aquella generosidad por el cariño que su amante la profesaba, y todos convinieron al fin en que aquello era un designio de la Providencia.

Enrique aparecía como el ángel tutelar de aquella desgraciada familia.

(Se continuará.)

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

## LAS MONARQUÍAS DE DERECHO DIVINO.

(Conclusion.)

### II.

Lo he dicho y lo repetiré siempre. Las monarquías de derecho divino son una mancha indeleble que alcanza á la humanidad toda.

Y no se me diga que miento ó que exagero. ¡Ah! no, no miento: ahí está ese gran libro que se escribe con caracteres eternos en el corazón de todas las generaciones; que se remonta á todos los tiempos, que alcanza á todos los pueblos, y que es como el ojo invisible y escrutador de la misteriosa Providencia, que está en todas partes, que no miente, que no puede mentir; ahí está ese constante testigo que asiste á todos los acontecimientos, que todo lo ve, que todo lo oye y que nada olvida; ahí está la historia, cogida, examinada, leída, y estrechada, espantados, llenos de horror y de vergüenza,

no encontrareis más que miserias, escándalos, crímenes, tropelías, guerras injustas, persecuciones inicuas, sangre, lágrimas, luto, esclavitud y muerte.

El sombrío, el terrible, el soberbio Felipe II, el *denominio del Mediodía*, como le llamaba Enrique VIII de Inglaterra; la encarnación del tirano en el hombre, el ideal del déspota, el rey *más rey* de cuantos reyes ha habido; el ser impuro, ambicioso, corrompido; el espíritu de Satanás, el terror de las conciencias, al azote de los flamencos, el verdugo de sus vasallos, el asesino de María de Portugal, de María de Inglaterra y de Isabel de Valois, de sus tres mujeres; de su hermano el héroe D. Juan de Austria, vencedor de la Goleta y de Lepanto; de Floripes de Montmorency y de Lanuza; el matador de Escobedo, de Egmont, de Horns y Montigny; el perseguidor de Antonio Perez, el padre abominable que desgarró el corazón de su hijo el desgraciado príncipe D. Carlos de Austria antes de arrojarle á la honda fosa que le cavara su despiadada mano; el hombre de corazón de cieno, sibarita entre el misterio y el silencio de placeres sensuales; el ambicioso de queridas, el avaro sediento de oro que robaba á los particulares las riquezas que importaban de las vírgenes Américas; el fanático, en fin, que degollaba á miles de desgraciados por cuestiones de conciencia, era rey de derecho divino, un rey que oía misa y rezaba el rosario todos los días y se confesaba todas las semanas; que erigía monumentos piadosos, construía suntuosos templos y conventos, creaba instituciones religiosas, fundaba asilos de recogimiento, cofradías y hermandades, y se regocijaba infinitamente cuando, presenciando un auto de fé, atizaba las hogueras para *ad majorem Dei gloriam*.

El lúgubre Felipe II era un demonio coronado; y sin embargo, los idolátras de los tronos autoritarios, los fanáticos, enemigos del hombre, le ensalzan, le subliman y hacen de su vida una gloriosa apoteosis.

La historia nos dice mucho de la inmoralidad de las monarquías religiosas.

En ella se encuentra un Felipe III, monarca vicioso, sensual, ingrato, voluble, que desprecia á un duque de Lerma, olvidando sus servicios, que abandona los negocios é intereses de la nación, y que débil y cobarde consiente nos insulten extranjeras gentes. Un Felipe IV, digno sucesor de su padre, tan inepto como él y tan péfido; que se echa en los brazos de desleales y corrompidos favoritos, y se adormece en un lecho de crápula y vicios, no pensando más que en la posesión de las mujeres hermosas y en la mesa de la orgía, en donde apura el sudor del pueblo; que entrega los destinos del país al conde duque de Olivares, renunciando indolente hasta á la firma de los decretos de gobierno; que se olvida de nuestras posesiones, nos deja arrebatar á Portugal y enciende con sus desaciertos las sangrientas revoluciones de Sicilia y Nápoles.

Un Carlos II, en fin, rey débil, estúpido, degradado, víctima de las supercherías del clero y de los amañes de los palaciegos; criatura envilecida, que lega España á un aventurero y ambicioso extranjero, después que su sagrado suelo había sido arrasado por extranjeras plantas.

Tal es la monarquía religiosa española que continuó como terrible azote de nuestra patria en los sucesores



del último vástago de la causa de Austria, los Borbones.

Y es en vano encontrar las costumbres de aquellos tiempos en que la religión y la moral eran tan predicadas, y se atizaba con tanto furor las llamas del Santo Oficio para que purificaran hasta el ambiente.

Las reinas (¡oh vergüenza!) llegaron hasta profanar y manchar el santuario de su tálamo; el libertinaje, la prostitución cundían como destructora gangrena entre el pueblo; y las damas, las hijas de la nobleza, convertidas en provocativas mesalinas, gastaban en escandalosos galanteos su juventud y su hermosura. Y esto mismo acontecía entre las religiosas y religiosos de los conventos.

Los frailes conspiraban, tejían infamias, fraguaban crímenes; y un fraile franciscano, fray Juan de Santa María, en diabólico consorcio con la priora del convento de la Encarnación, la madre Mariana de San José, había de ser el que con más intensidad influyera en el ánimo de la reina Margarita, mujer de Felipe III, para que compeliase a su marido á decretar la caída de su privado D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, que más tarde había de dar con su muerte un repugnante espectáculo á la apiñada multitud.

La reforma de Santa Teresa fue inútil. La liviandad y la intriga germinaban en los conventos de monjas, convertidos ya desde muy antiguo en impúdicas moradas de groces y deleites.

Todo andaba corrompido, desmoralizado; solo reinaba la desvergüenza y la audacia, y es que cuando el gobierno es absoluto y desconoce la ley natural de la libertad, y no rinde tributo á la razón y á la justicia, se convierte en tirano, hace á sus súbditos esclavos, los envilece, los prostituye, y ¡ay! de los pueblos que se vuelven entre el fango del envilecimiento y la degradación, porque ellos fenecerán ó vivirán difícilmente; que los pueblos, como las flores, cuando se corrompen mueren.

Ahora bien: si esto nos dice la historia; si pueblan los sires gritos de dolor y blasfemias de rabia; si oímos gemidos y lamentos de maldición y humedecen nuestra alma torrentes de amargas lágrimas; si oímos carcajadas de reinas livianas, de princesas impuras y de damas sensuales; si sentimos el infernal ruido de las orgías de reyes miserables y de las bacanales de viles palaciegos y de insolentes cortesanos; si vemos en los *ungidos* de Dios monstruos horribles, fieras sanguinarias sedientas de poder y hambrientas de despojos; si contemplamos el terrible espectáculo de infinitos pueblos aniquilados; si percibimos el pesado olor de la sangre de innumerables desgraciados, y el del humo de mil hogueras devastadoras; si atruenan nuestra cabeza el clamoreo de millares de víctimas; ¿es posible que no maldigamos una y cien veces las monarquías de derecho divino? ¿Se concibe que no condenemos á sus adoradores?

Pero para fortuna de los pueblos las monarquías celestes han muerto para siempre, y es en vano que clamen sus secuaces, porque es sabido que el muerto no vuelve jamás á la vida.

Después del tétrico Felipe II, el solo capaz de sostener con todo su esplendor un trono absoluto, sus sucesores fueron debilitándose hasta venir á morir, cual negra

sombra, en medio de las maldiciones de una generación toda luz, aire y vida.

Degenerados y decrepitos, sus esfuerzos han sido impotentes.

¡Dios, siempre Dios abatiendo la frente de los tiranos y de los soberbios!

Valladolid y Julio de 1872.

REMIGIO VEGA ARMENTERO.

## EL ARTE.

### Apuntes sobre la crisis.

El arte es el vivificador por excelencia de todos los manantiales que sustentan al hombre, el hermano de la ciencia, el que ilumina con sus puros destellos la oscuridad del presente y rasga con su potente mirada el velo nebuloso del porvenir, el que arrastra tras de sí á la humanidad enseñándola quizás el término donde se encuentra su ideal, en donde mora la verdad y la belleza.

El arte, cuya misión de todos conocida es la de educar, instruir ó civilizar al hombre haciendo más soportables las áridas tareas del progreso humano, se vale de los medios que pertenecen á su género para deleitar, sin herir en lo más mínimo ese no sé qué de unidad que llamamos armonía universal.

De todo lo indispensable á la humanidad, de todo lo existente y que nos conmueve bien halagándonos ó ayudándonos en la desesperación que producen en lo más íntimo de nuestra conciencia las farsas y desastres de este continuo gemir y suspirar, es sin duda alguna el más bondadoso de nuestros eméticos, calmante de nuestros dolores é instrumento de nuestra felicidad, el arte que en sus continuas producciones encierra un gérmen fecundo de bienestar y calma para los grandes cataclismos del corazón y del entendimiento.

Nadie que no haya sondeado el corazón del hombre, el alma de la sociedad, é internándose en el santuario de la conciencia propia y visto hasta qué punto es susceptible de sentimiento, puede mirar con superficialidad y sangre fría el arte y congratularse de su ineficacia para cubrir las necesidades que les es dable confesar, despreciando las eternas creaciones artísticas que elevan al hombre á la envidiable altura de la sublimidad de un mundo ideal, haciendo más llevadera la pesada y consecuente materialidad de una carrera de lucha entre la vida y la muerte.

Duélenos en gran manera el estado deplorable del arte, y casi nos explicamos la presente crisis que al parecer corroe el sentimiento y amor de sí mismos, hasta el punto de creer en la muerte del cariño social, y como consecuencia, del arte y de todo lo que tienda á edificar en la conciencia de la humanidad esa formidable barrera, cuyo objeto es la conservación y mejora de las condiciones sociales.

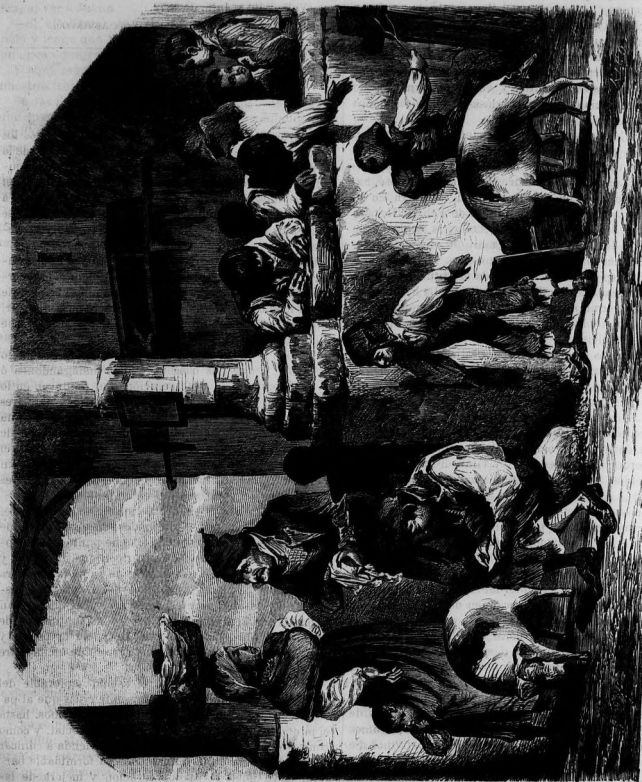
La crisis porque atravesamos tiene insensiblemente su solución en el progreso.

Todos los cambios determinan situaciones críticas, y esto se explica con facilidad.

El organismo social, completamente gastado por la

ley indeclinable del progreso, camina de nuevo á su regeneracion, y cada novedad representa una dificultad en su desarrollo al presentarse la duda á discordar en el palenque de la opinion.

La crisis artistica, hija de la necesidad progresiva, esto es, del cambio de ritmo en su desarrollo, nos muestra claramente la ley indisputable de su progreso, y todo lo que sean producciones dentro de un límite mar-



GALICIA.—PATIO DE UNA ESCUELA.

cado en absoluto produce la crisis que necesitamos salvar para que el arte en sus ideas y personificaciones no sufra menoscabo ante el mundo científico y se arrastre por la degradante huella de la imitacion, que es la deshonra de la inspiracion artistica.

No debe extrañaros, queridos lectores, esto que pudiéramos llamar un ataque al orden moral artistico existente; pues harto se comprende la necesidad de reformar todas las esferas, en las cuales el hombre necesita por su situacion del apoyo de las ciencias y de las artes.

Estas son su complemento y separado de ellas se acerca a la infelicidad.

Como quiera que el hombre alimenta su existencia con las ideas y las formas, esto es, vive pendiente de su orden físico y moral, es indispensable que á medida de su desarrollo adquiera lo necesario á esta existencia.

Hay más: no solo procura llenar el vacío que dejan sus necesidades á medida de su adelanto en edad, si que á medida que adquiere ideas en contacto con sus necesidades, da mayores proporciones á estas y ensancha el horizonte de aquellas, y cuanto mayor sea la serie de conocimientos adquiridos, mayor será también el lugar que para las necesidades habrá dejado en su progreso.

Ahora bien: si el hombre progresa en el orden político y social ayudado por la ciencia, ¿no es justo, necesario é indispensable que el arte cumpliendo su destino, una la palanca del sentimiento á ese alcazar que el hombre formó para sí mismo con los materiales que le prestaran el conocimiento de las masas bienhechoras que habían de concurrir á su formación? ¿Es legal que mientras se busca la reforma de lo útil, se desprecie la significación que lo útil-bello tiene con lo demás? ¿Qué sería de la humanidad el día que faltase el cariño, el amor, ese sentimiento purísimo de fraternidad que eleva al hombre á las regiones sublimes de la idealización? ¿Qué es el mundo sin el sentimiento, y dónde encontrarle sino en el cultivo del arte?

Pues bien: si el arte forma en union con lo demás un mundo mejor, más dulce, más simpático, más admisible que un mundo aislado, solo, material y movido por la conveniencia, ¿por qué á medida que se avanza en sentido material, no se hace lo propio en el sentido moral?

El estado del arte requiere una reforma; esta reforma produce la crisis presente y la crisis no debe continuar. Formemos un lazo que una las aspiraciones morales y materiales de la sociedad, y que no sean por más tiempo las unas objeto de desprecio por parte de las otras.

Marchemos al lado del progreso en busca de las reformas; no retrocedamos un paso en vista del peligro; arrostrémos de una vez al caciquismo académico las ideas regeneradoras de que estamos poseídos; mostrémosles la luz saliendo de la abyección artística en que nos sumieron con la imitación de los antiguos, y hagamos arte de nosotros mismos dando ejemplo dignísimo á nuestros sucesores, que continuarán sobre nuestros cimientos la grande obra de la regeneración.

La felicidad depende de la ilustración. Ilustremos el arte, descubramos su punto culminante y si nuestros esfuerzos no bastan á tan suprema obra, otros vendrán que amantes cual nosotros, sentarán sobre tan justos principios el fomento de la sávia vivificadora de la humanidad, proclamando con entusiasmo profundo *La revolución del arte*.

E. JULIÁ CABRERA.

## FILIPINAS.

POBLACION CAMPESTRE DE LOS ALREDEDORES DE MANILA.

En la página 263 publicamos un grabado que representa una pequeña población rural de los alrededores

de Manila. Su aspecto pintoresco recuerda las que muchos de nuestros lectores habrán contemplado en Valencia, y que consisten en varias casas y multitud de barracas, cubiertas de cañas y ramas de árboles.

Este género de construcciones es el más á propósito por los continuos vientos y terremotos que allí destruyen poblaciones enteras, sobre todo cuando los vientos no van acompañados de lluvias, ó son lo que los naturales del país llaman *collas secas*, anuncios regularmente de tempestades ó *bagyos*, que se truecan en terribles huracanes que desrozan embarcaciones, destruyen pueblos y arrancan de cuajo los más formidables árboles, causando el espanto y la ruina de aquellos desgraciados habitantes.

## A ELLA.

Serenata.

Nadie cual yo te adora

niña del alma,

hermosa cual la aurora

pura y en calma;

Fuiste mi estrella

alumbrándome siempre

con tu luz bella.

Pasé por ti más afanes

y quebrantos,

que tú en la calle has pisado

duros cantos;

Y al sereno

por ti pasé las noches

con lluvia y trueno.

He sufrido cien pesares

con valor,

á todas horas pensando

en tu amor.

¡Cuánta fortuna!

¡Cuántas veces me ha visto

por ti la luna!

Por un sí de tu boca,

linda morena,

pasará yo mi vida

como alma en pena;

Tanto lo anhelo,

que he de hacer si lo alcanzo

tu vida un cielo.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

## REVISTA GENERAL.

El gabinete Ruiz Zorrilla es un frío cadáver que no logra galvanizar esa nueva pila de la que se llama *benevolencia*; ni las milicias se arman, ni el Jurado se plantea, ni la moralidad aparece, ni las reformas se tocan, ni las economías se intraducen.

¡Qué ilusión! Pensar que un gobierno compuesto de *radicales*, partido microscópico, y cuyo nombre es hasta ignorado en muchos puntos de España, iba a introducir mejoras, libertades, moralidad y economías, cuando sabe que por *caranbola* únicamente ocupa el poder, del que no ha de tardar en caer, empujado por los sabios de los generales unionistas, por el abandono de los conservadores, por la *indiferencia* del país y por el huracán *revolucionario* que ha comenzado a soplar con una fuerza aterradora.

Y no se diga que exageramos; la reunión federal del Circo convocada para protestar de la política de *espectación* y *benevolencia*, ha caído como una bomba, no solo en el campo ministerial, sino en el perfuncto gabinete que ocupan ciertos elevados extranjeros.

En dicha reunión se pidió y acordó la más absoluta oposición é intransigencia al ministerio radical como á todo otro monárquico, la adopción del retraimiento y el mantenimiento por el partido de su soberanía, sin reconocer autoridad que intente hacerlo en su nombre.

Después de varios discursos de los ciudadanos Casalduero, Gutiérrez, La Torre, Coll, García López, Galiana, Daza y otros, fué aprobada la proposición anterior casi por unanimidad.

De intento hemos subrayado la palabra *casi* para no irritar la susceptibilidad de algunos republicanos, que no quieren toda importancia á la reunión del Circo, diciendo que el partido está *dedicado á tomar parte en la lucha electoral*.

Sentimos que la actitud del gobierno para con ciertas individualidades de nuestro partido haya despertado pequeñas ambiciones, haciéndolas soñar con la alta investidura del diputado; nosotros creemos que la mayoría del partido republicano está por el *retraimiento*, que evita la *producción*, y no por *faras* cortinas que serían ridículas sino fueran cruces; podrá ser cierto lo que dicen algunos republicanos de que en la reunión del Circo no estuviera todo el partido federal de Madrid; pero nosotros nos atrevemos á preguntarles: y detrás de vosotros, ¿quién está? En el Circo hubo más de seis mil ciudadanos, y vosotros apenas si llegáis á media docena; de suerte que la cuestión está todavía en pie, y al resolverla el partido creemos que lo harán en el sentido y con el criterio revolucionario que se notó en dicha reunión, y que tan terrible efecto ha causado en las más altas y elevadas regiones; prueba clara de que el tiro ha dado en el blanco y de que el golpe no se ha dado en vago. En épocas como la presente, la osadía, la audacia y el valor lo son todo, y nosotros no nos cansaremos de repetir aquí la célebre frase del gran Danton, que encaja de molde en las críticas circunstancias porque atravesamos: «¡publicanos españoles: audacia, audacia y siempre AUDACIA!»

A petición de catorce delegados que representan más de diez provincias, el Directorio ha ordenado la convocatoria de la *Asamblea federal* para el 15 del presente, en Madrid.

Útil es que encañecemos toda la importancia de esta reunión, máxime cuando circulan rumores de graves disidencias en el seno del mismo directorio, según las cuéscas, Contreras, Figueras, Santa Marta y Estévez, están por el retraimiento y la revolución, mientras que Pi, Castelar y Sorni, defienden todo lo contrario.

A la hora en que estas líneas escribimos, se reúnen los alfonsinos de todos motives para llegar á un acuerdo que á todos satisfaga.

Nuestros lectores recordarán el *manifiesto* dirigido por el duque de Montpensier al marqués de Campo-Sagrado, en el cual se declara por la monarquía de D. Alfonso, bajo su tutela: este documento, al que la prensa extranjera concede grande importancia, ha caído, cual nueva tea de la discordia, en el campo moderado.

A pesar de todo, se cree que no han de tardar en llegar á un acuerdo, pues el *manifiesto* cuenta con más de 500 firmas de generales, grandes de España, ex-ministros, periodistas y hombres importantes, y el grupo disidente se compone tan solo del periódico *El Eco de España* y algunas otras individualidades.

Parece fuera de duda que la mayor parte de los generales unionistas se han declarado *alfonsinos*, que se trabaja extraordinariamente; que se cuenta con grandes elementos y numerosos re-

curios, y que públicamente y sin temor á nada se da como próximo y seguro el triunfo de la *restauración*; un nuevo periódico ha aparecido con este título y el antiguo *Clamor Público*, que ha vuelto á reaparecer, se ha declarado franca y resueltamente por la unión del progresismo histórico con la bandera alfonsina.

Tan halagüeñas esperanzas se han visto un tanto amargadas por la carta que del hijo del desdichado D. Enrique de Borbon ha publicado el diario *El Financiero*, y hoy reproduce la prensa toda, y en la que se leen párrafos tan significativos como los siguientes:

«Quiere ser regente de España ese tráfaga del Sena, el naufrago de la familia de los Orleans; ¿regente el que mató á D. Enrique?»

«El hombre de poco corazón que pagó la revolución de Setiembre; el que hizo mal á su bienhechora y el que mató á su primo, no se aparta tan pronto de sus malas acciones.

«No ha sido rey de España y no será regente. [No será regente una fratricida! No será regente el francés que da muerte á un español!»

«No tengo más que diez y nueve años, y por hoy le hago conocer el profundo desprecio que siento hacia su persona, esperando que dentro de poco se lo pueda probar de otra manera.—El hijo segundo del infante D. Enrique, *Francisco María de Borbon*.»

A pesar de lo que dicen los alfonsinos en contrario, es lo cierto que el ex-rey D. Francisco, tío de este joven, ha visto con agrado dicha carta, lo propio que el niño Alfonso, que cada día gana más á su *desinteresado* tío.

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros lectores, que nuestro respetable amigo y colaborador, el gran propagandista Roque Bárcia, se encuentra ya en España recibiendo las mayores pruebas de entusiasmo y cariño por todos nuestros correligionarios.

Marcella, Maiga, Velez Mianga y Córdoba se han disputado el honor de recibir en su seno al ilustre autor del *Evangelio del pueblo*; su casa se ha visto continuamente visitada, sus paseos lo han sido de verdadero triunfo; fiestas, serenatas, flores, manifestaciones y toda clase de cariñosas demostraciones se han dedicado al noble campeón de la democracia española.

Dentro de breves horas tendremos el placer de estrechar su mano, y esperamos que nuestros amigos de Madrid no dejarán pasar esta ocasión de mostrarle el grande cariño y las profundas simpatías que hoy como siempre le profesan.

Después de unos brillantes ejercicios en que ha merecido la nota de *sobresaliente* nuestro querido amigo y colaborador el distinguido joven Julián López Ocaña, ha recibido la investidura de doctor en Medicina; por esta causa se han visto privados nuestros estimados lectores de sus notables artículos sobre higiene. Reciba el nuevo doctor el cariñoso abrazo de sus compañeros de redacción: jóvenes que valen lo que Ocaña, honran y mucho al part do á que pertenecen y á la patria en que nacieron.

En la Asamblea francesa se ha dado lectura al proyecto de arreglo para la evacuación del territorio: Francia pagará 500 millones dos meses después de ratificado; 500 en Febrero del 73; 4.000 en Marzo del 74 y 1.000 en el 75; los prusianos evacuarán dos departamentos quince días después del pago de los 500, y otros dos á los quince días de satisfecho el segundo millar.

El impuesto de consumos ha producido grandes desórdenes en Portugal, sobre todo en Torres Novas, donde la tropa hizo armaz hiriendo á algunos paisanos.

Los liberales han triunfado en las elecciones municipales en Bélgica; Amberes ha elegido trece liberales por cuatro católicos; Namur ocho católicos por siete liberales; Tournay, todos liberales; Bruselas, igual; y Verviers trece liberales por cuatro católicos.

Los árbitros de Ginebra han rechazado la reclamación de pérdidas indirectas por el *Alabama* que pedía América, lo propio que el aplazamiento del arbitraje que solicitaba Inglaterra. Esta grave cuestión parece haber terminado satisfactoriamente.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LABAYOS, calle de la Cabeza, 27